



# TEMPORADA DE ZOMBIS

# TEMPORADA DE ZOMBIS

**JUSTIN WEINBERGER**

Traducción de Celia Martínez Duro

## ÍNDICE

Prólogo .....	11
1. <i>Sempervirens</i> .....	17
2. Cacería .....	26
3. El incidente .....	36
4. Agujeros .....	41
5. La brigada zombi .....	49
6. Refugio .....	59
7. Explorando .....	65
8. La investigación .....	68
9. La reserva .....	76
10. Explorando nuevos senderos .....	83
11. La noche .....	90
12. 9-6-6 .....	95
13. Nix .....	98
14. El estallido .....	102
15. La decisión .....	107
16. Brinca como Inca .....	115
17. La razón .....	126

<b>18.</b>	<b>En busca de los hechos</b> .....	<b>135</b>
<b>19.</b>	<b>Pesadilla <i>versus</i> realidad</b> .....	<b>141</b>
<b>20.</b>	<b>El refugio antizombis</b> .....	<b>148</b>
<b>21.</b>	<b>El destructor de nubes</b> .....	<b>155</b>
<b>22.</b>	<b>Atascados</b> .....	<b>159</b>
<b>23.</b>	<b>El puente</b> .....	<b>163</b>
<b>24.</b>	<b>Sin salida</b> .....	<b>166</b>
<b>25.</b>	<b>Impensable</b> .....	<b>170</b>
<b>26.</b>	<b>Batalla campal</b> .....	<b>174</b>
<b>27.</b>	<b>Insaciable</b> .....	<b>179</b>
<b>28.</b>	<b>Por fin un atlas</b> .....	<b>185</b>
<b>29.</b>	<b>Nelson Artis estuvo aquí</b> .....	<b>188</b>
<b>30.</b>	<b>Innombrable</b> .....	<b>191</b>
<b>31.</b>	<b>La derrota y la salvación</b> .....	<b>197</b>
<b>32.</b>	<b>La zona de catástrofes antinaturales</b> .....	<b>199</b>
<b>33.</b>	<b>Solo el principio</b> .....	<b>203</b>
<b>34.</b>	<b>Un problema enorme</b> .....	<b>210</b>
<b>35.</b>	<b>Los rápidos</b> .....	<b>217</b>
<b>36.</b>	<b>El protector del agua</b> .....	<b>222</b>
<b>37.</b>	<b>La vida y la no muerte</b> .....	<b>224</b>
<b>38.</b>	<b>El mundo no deja de cambiar</b> .....	<b>228</b>
<b>39.</b>	<b>El fin</b> .....	<b>238</b>
<b>40.</b>	<b>Fuera del mapa</b> .....	<b>244</b>
	<b>Agradecimientos</b> .....	<b>251</b>
	<b>Sobre el autor</b> .....	<b>253</b>

## PRÓLOGO

**ALERTA CREPUSCULAR:** Toma precauciones de inmediato. Se han detectado condiciones de emergencia en los condados de Marin, Sonoma, Lake y Mendocino. Han comenzado las evacuaciones obligatorias. Durante el crepúsculo podrían aparecer estallidos sin previo aviso. Ponte a salvo.

Cuando la mente de Lucy Santifer se sincronizó con su cuerpo, ya casi había salido de la cama. Su teléfono sonaba con el aviso de emergencia que todos habían aprendido a temer: «Alerta crepuscular: Toma precauciones de inmediato...».

El teléfono repitió el aviso, y la urgencia la golpeó e hizo que le diera un vuelco el corazón. Aplastó los botones para silenciarlo, pero, esta vez, no dejó de sonar a todo volumen. De pronto lo comprendió: el estruendo no salía de su teléfono. Era el sonido de unas sirenas en el exterior.

Unas sirenas tan fuertes que eran como si estuvieran con ella en la habitación.

Algo se movió detrás de la ventana.

Lucy se asomó y entendió por qué les habían advertido.

No era un simulacro. No era en cualquier otra ciudad.

Estaba pasando de verdad.

Allí.

Ahora.

—¡MAMÁ! —gritó. Cogió la mochila de emergencia de debajo de la cama—. ¿Papá? —dijo, apenas reconociendo su propia voz, que parecía diminuta y muy lejana. Las sirenas lo amortiguaban todo.

Volvió a asomarse por la ventana.

Concentrada.

Lucy Santifer no fue consciente del tiempo que pasó mientras miraba por la ventana de su dormitorio. Un segundo, una hora, una era... No había forma de calcular el tiempo ni de entender lo que estaba viendo. Una ola de zombis se movía en tierra firme. Cuerpos deformes y en carne viva, presionados los unos contra los otros, se agarraban a los demás. Rodaban por la colina empinada y cubierta de maleza en dirección a la casa en la que había vivido toda su vida, arrollándolo todo a su paso.

No era la primera vez que Lucy veía zombis. Pero estar frente a un océano insuperable... era distinto. Era...

—No pasa nada, Lucy. —Oyó la voz grave de su padre, que se asomó por la puerta de su dormitorio—. Vamos a ir arrancando el coche.

—Vale, papá —contestó Lucy. Pero sí que pasaba.

Los zombis estaban cerca. Demasiado cerca.

Podía oírlos debajo del estruendo de las sirenas. Ese rugido incoherente, como si estuvieran devorando el mundo.

Tembló. Todos sus músculos lo hicieron, como si no pudiera controlar su cuerpo.

«Para», le dijo a su cuerpo. «Tienes que irte».

Cogió una foto enmarcada de la mesita de noche. La miró para que le diera fuerzas, deseando que sus amigos estuvieran allí pero agradecida porque no lo estaban.

Por suerte, estaban a salvo.

No como ella.

Las lágrimas le brotaban de los ojos. ¿Por qué se había quedado su familia?

Sus padres no creyeron que la amenaza fuera real.

Y ahora... el crepúsculo iba a por ellos.

—¿Lucy?

Se dio la vuelta y allí estaba su hermano mayor, Bo. En sus ojos había una expresión que nunca había visto.

De pánico atroz.

—¿Estás bien? —le preguntó con la voz temblorosa.

Asintió, agradecida porque Bo la hubiera encontrado. Porque la sacase de allí.

Fuera sonó el claxon del coche. Sus padres les gritaban para que salieran. Bo la llevó hasta la puerta de la entrada cuando la colina de detrás de su casa desapareció bajo la ola de cuerpos. Cientos de muertos vivientes chocaron contra la casa como la marea que aplasta un castillo de arena.

Las ventanas explotaron hacia dentro.

Lucy se dio cuenta de que ya no oía nada. La escena avanzó en silencio, como si no hubiera aire, y a cámara lenta.

El móvil, que todavía sujetaba en la mano, vibró. Lo notó y, sin mirarlo, supo que era el habitual primer mensaje de la mañana de su mejor amiga. No pudo leerlo, pero las palabras no importaban en

ese momento. En algún sitio, no demasiado lejos de allí, era una mañana normal: el sol salía detrás de las ventanas y Joulé se comía los cereales directamente de la caja mientras escribía a Lucy. Entretanto, Bo empujó a Lucy para que saliera primero y se hizo un corte con el cristal de la ventana.

Su madre les gritó que se metieran en el coche. Cuando se sentaron en el asiento trasero, le dio un beso a Lucy en la cabeza sin dejar de contemplar la pesadilla que se avecinaba.

Lucy se giró y la observó. Era imposible apartar la mirada. Los zombis no solo estaban dentro de la casa, sino también por todo el huerto. Ignorando la vegetación, pisotearon la fruta madura. Si un árbol se interponía en su camino, los zombis lo arrancaban. Se habían quedado para recoger la cosecha antes de la evacuación, y ahora todo el cultivo se había echado a perder en unos segundos.

Desde tan cerca ya no era una ola. Lucy podía ver sus rostros deformados. Sus ojos encendidos reflejaban algo sobrehumano; y sus bocas abiertas por un dolor silencioso y un hambre voraz. El hedor a huevo podrido era asfixiante.

El padre de Lucy pisó el acelerador cuando los cuerpos empezaron a avanzar a trompicones por la carretera.

Había muchísimos.

Demasiados.

Con una certeza que sus padres no tenían, Lucy supo que se había acabado. El coche de la familia Santifer se abrió paso entre los zombis, pero la manada seguía acercándose. Atravesaron la carretera que tenían delante y cortaron la única vía de escape.

El padre de Lucy aceleró y se abalanzaron sobre los cuerpos que gemían. Algunos salieron volando por encima del coche a causa del

impacto, pero otros se agarraron a él. A pesar de los esfuerzos, el coche no pudo avanzar. En el asiento trasero, Lucy cerró los ojos. Incluso tras los párpados cerrados, el fuego de los ojos de los zombis la invadió. Un calor intenso azotó el interior del vehículo. Agarró a Bo de la mano. La apretó. Pidió un deseo y no se lo dijo a nadie. Contarlo haría que no se cumpliera, así que lo guardó en secreto mientras los muertos vivientes arrancaban el motor del capó y el metal gritó.

Lo último que sintió fue un rayo de luz sobre sus párpados, antes de que algo horrible se acercara sigilosamente y lo ocultara.

# 1

## SEMPERVIRENS

Cuando Joule se mudó a la zona rural del norte de California tres años atrás, los árboles que se alzaban hasta las nubes eran lo que más le recordaban al lugar donde solía vivir. En Nueva York, mirar hacia abajo desde un edificio alto la hacía sentir que era parte de algo muy muy grande. Aquí es al contrario. Aquí, mirar hacia arriba es lo que le produce esa sensación emocionante.

Su padre le enseñó que las secuoyas rojas viven más que toda la historia de la humanidad, y que son tan altas que el agua de las nubes les cae sin que tenga que llover. Cuando un bosque está rodeado de ellas, parecería que uno estuviera por encima de todo. Como si fuera totalmente posible entrar en otro mundo.

Ahora Joule sube con cuidado una escalera colocada sobre el tronco del árbol más grande.

—*Sempervirens*—dice. Es el término en latín que describe a las secuoyas rojas o secuoyas de California, y que se traduce como «siempre viva».

—¿Papá? —le susurra Joule al reloj inteligente que lleva en la muñeca—. ¿Estás ahí?

Llevaba más de un año sin recibir respuesta. Pero eso no significaba que Joule haya dejado de preguntar.

Dos, tres, cuatro. Joule se encorva y mira a través de las rendijas de la casa del árbol que construyó su padre. Ahora es demasiado pequeña para ella. Es más alta que muchos adultos, así que piensan que es mucho mayor de lo que es en realidad.

Le habla al reloj diminuto, porque sabe que su padre lleva uno idéntico en la muñeca y siempre tiene la función de *walkie-talkie* encendida, por si acaso ella lo necesita.

—Sé que estás ahí fuera, papá —dice—. Por favor, vuelve a casa.

Joule mira las copas de los árboles, que ahora rozan un humo naranja en vez de las nubes... Y el bosque tranquilo se llena de algo que no es lluvia.

«Ya vienen», piensa Joule.

Estira el cuello y atisba algo moviéndose que hace que se aparte, sorprendida.

—¿Quién anda ahí? —grita. Solo hay silencio, y las palabras retumban en sus oídos.

—¿Papá? —dice.

Una rama se rompe.

La observa, esperando cualquier indicio de movimiento.

—¡Soy yo! ¡Soy Joule!

Nadie le responde.

«No es él, Joule», piensa.

Encuentra una gota de sudor inesperada que le recorre la espalda y, de repente, parece que le falta el aire. Sabe lo rápido que puede formarse un estallido.

Como todos los habitantes de la zona, Joule ha visto un montón de desastres, tanto naturales como sobrenaturales. Es plenamente consciente de lo rápido que puede cambiar todo.

Joule ya perdió a una de sus mejores amigas así. Con una ola que apareció de la nada.

Nunca volverá a ver a Lucy.

Nadie tiene que advertirle que debería irse ya. Sabe que los niños no pueden salir sin supervisión después del crepúsculo. Pero, si su padre también está allí, no está sin supervisión, ¿no?

Después de lo que acababa de decirle su madre, le quedan exactamente cero segundos para encontrarlo.

—¡Venga! —le dice al reloj, olvidando toda cautela—. ¡Nelson Artis, soy tu hija! Necesito que vuelvas a casa. —Siente cómo la invade el pánico—. Porque si no me encuentras pronto...

En su mente, Joule ve todas las maletas colocadas delante de la puerta principal de su casa. «Esto no es un debate, Joule», le dijo su madre. «No voy a repetírtelo. Ya no me queda nada en Redwood. Y a ti tampoco».

Joule entierra el recuerdo. A mucha profundidad.

—No me iré hasta que te encuentre —susurra Joule entre los árboles que su padre le enseñó a amar.

Lleva todo el año adormilada esperando a que llegue el crepúsculo a Redwood y que empiece de nuevo la temporada de zombis. Es una nueva oportunidad de comenzar a buscar a su padre, que estuvo demasiado lejos de cualquier refugio el año pasado, cuando un estallido se formó en las colinas...

Dicen que está «desaparecido, presuntamente muerto».

Casi un año entero sin su padre. Un otoño sin que nadie le envíe vídeos graciosos de animales para que los vea en el autobús de

vuelta a casa desde el colegio. Un invierno sin que nadie pruebe sus últimos experimentos de repostería, como los *brownies* de cereza y pimentón picante que Joule hizo el último día de San Valentín. La madre de Joule pone la excusa de que es alérgica al gluten, pero todos saben que su paladar no es apto para las creaciones extravagantes de su hija. Y nada hacía más feliz al padre de Joule que hincarle el diente a una de sus tartas de kiwi y mantequilla de cacahuete, o disfrutar de uno de sus únicos batidos de café y menta. A veces, a Joule se le olvidaba (solo por un instante) que su padre no estaba. Sacaba una tarta del horno, tomaba aire y gritaba «¡Papá!» antes de recordar que la casa estaba vacía. Estuviera donde estuviera, no podría oírla.

Una ráfaga de aire caliente le da a Joule en la cara, y el olor le revuelve el estómago. El humo naranja que flota en el bosque tiñe los árboles de un color horrible y sangriento.

Se obliga a mirar hacia el oeste, donde una figura solitaria sube a lo alto de la colina entre la luz que se va apagando.

Tiene un rostro humano, pero sus ojos son grandes y naranjas. Atigrados. Irradia un calor intenso, como el aire brillante que sale del asfalto cuando le da el sol en verano. Tiene el mismo olor contaminante.

Nada de aquello le impacta a Joule.

Espera en silencio. «¿Solo hay uno?», piensa.

Espera un poco más, observando por si ve más zombis.

Sabe que debería echar a correr. No tiene un fusionador gélido, porque ni siquiera puede obtener el permiso para llevarlo hasta que cumpla trece años.

«No dejes que te vea», le urge una parte de su mente.

Pero otra parte se pregunta qué pasaría si es él.

—¿Hola? —dice, encaramada a la casa del árbol, desde donde intenta atisbar un rostro.

La ignora. Está concentrado en llevarse hojas y ramas a la boca.

En su camino, encuentra un nido de avispas y se acerca al bulto acartonado. Los insectos que viven dentro intentan responder a la traumática destrucción de su hogar (volando, picando y moviéndose en enjambre), y la única reacción del zombi es toser una vez en voz baja. El aliento supercaliente mata al instante a todas las avispas que toca.

Joule observa la escena, totalmente afligida. Ahora ve que no es su padre. Pero ¿y si está en alguna parte, como este zombi? Obligado a destruir. Con el hambre como única sensación.

Se lo han dicho un millón de veces: «No son personas, Joule. Aunque antes lo fueran. No tienen alma. Ni humanidad».

Pero Joule todavía no consigue aceptarlo.

—¿Cómo lo sabes? —les preguntó Joule a sus profesores. A sus amigos. A su madre. Y nadie le había dado una respuesta que tuviera sentido para ella.

Así que dejó de preguntar. Y, casi de inmediato, la gente empezó a decirle lo genial que era verla «tan bien». Estaban orgullosos de que «lidiara con la situación como una adulta».

Cada vez que le dicen algo así, la máscara que lleva se vuelve un poco más permanente y se siente una persona menos válida. Un poco más insensible y robótica. Pero no sabe cómo vivir de una manera diferente a como lo ha hecho hasta ahora: creyendo. Negándose a darse por vencida.

En un mundo en el que nadie sabe exactamente qué ocurre, Joule se ha comprometido a descubrir las cosas por sí misma. Confía en las brasas de esperanza en lo más profundo de su pecho, donde nadie más puede verlas. Arden con un fuego constante.

—Por favor, no me dejes sola aquí fuera —le susurra a la arboleda vacía.

Cerca de la base del árbol, algo cruje en las pinochas que cubren el suelo. Poco a poco, la tierra empieza a elevarse en un montículo circular. Como una barra de pan en el horno.

Y Joule oye una voz en su cabeza (la voz de su profesora, de su madre y de sus amigas) diciéndole: «Estás demasiado cerca, Joule. Busca un refugio y sigue el plan».

Pero su profesora no está allí.

Su madre no está allí.

Sus amigas no están allí.

Ella, Joule sí está allí. Y también nota la presencia de su padre.

Este es uno de los pocos momentos en los que Joule no se ha sentido sola desde que desapareció. No puede ignorarlo. ¿Esa sensación de conexión? Es una brújula que apunta a la estrella polar.

El montículo de tierra se infla todavía más y empieza a agrietarse. Una nube de vapor sale de la hendidura. Bajo el suelo suena un gemido sin palabras. El barro sale volando a la vez que un cuerpo se alza del túmulo.

El cuerpo se da la vuelta, como un pez al que sacan de un río. Con los brazos extendidos y cubierto de suciedad, tose un alarido ronco.

Joule observa al primer zombi del verano acercándose desde la colina a la vez que un segundo, con la mirada perdida cubierta de barro, intenta salir de su escondite sepulcral y poco profundo.

—Hora de irse —se dice Joule a sí misma, aunque su corazón se resiste. La hora de irse seguramente habría sido hace horas, cuando el cielo empezó a ponerse naranja.

A lo lejos, el primer zombi continúa con su festín. Es buena señal, porque los zombis solo pueden concentrarse en una cosa y, cuando están ocupados en comer, suelen ignorar a otras posibles presas.

El segundo zombi aún está saliendo al mundo. Joule supone que tendrá unos segundos antes de que se centre en su hambre.

Si tiene suerte.

La escalera de la casa del árbol cruje mientras baja despacio y con cuidado.

El calor que irradia el segundo zombi se vuelve más palpable al llegar al suelo del bosque. Está de espaldas a ella, pero ve cómo se pone tenso y nota que se acerca.

Hay algo familiar en su cuerpo.

Tiene su misma altura.

La misma hechura, aunque deforme por la *zombificación*.

Un reloj en la muñeca...

Joule siente un escalofrío. No puede evitar preguntarse si..., tal vez...

Se arma de valor y dice:

—¿Papá?

No hay respuesta, así que permanece allí un momento.

«No puedes quedarte, Joule», le dice nadie.

El zombi está escuchando. Se supone que los zombis no escuchan, solo comen y destruyen.

—Si voy a casa, la siguiente parada será el aeropuerto internacional de San Francisco —dice Joule—. Nunca podré volver. Mamá se asegurará de ello.

El silencio continúa...

Poco a poco, el zombi se da la vuelta...

Joule grita.

No es la cara de su padre.

Nunca iba a ser la de su padre.

No. Aunque la carne se le haya derretido hasta formar una mueca terrorífica, ve que ese hombre nunca fue padre, y ya no es un hombre.

Es un monstruo.

Un monstruo hambriento.

Le brillan los ojos cuando ve a Joule.

Ella da media vuelta y echa a correr lo más rápido que puede. En circunstancias normales, habría corrido hacia la corriente de agua más cercana, pero esta vez ha dejado que se acerquen demasiado y ha empezado a entrar en pánico. Se sumerge en la parte más densa del bosque, con la esperanza de que las ramas y todo lo que vive allí dentro retrasará a los zombis y les ofrecerá un blanco más fácil.

El zombi recién despierto emite un rugido gutural y, desde los árboles lejanos, otros lo imitan. Parecen estar en todas partes.

Las ramas arañan la piel de Joule y le rasgan las mangas. Una ardilla sorprendida se aleja, asustada, y corre hacia los zombis, lo que decide su destino y posiblemente le salve la vida a Joule.

Ella contiene el aliento hasta que el olor de los zombis se pierde en el viento y el calor de sus cuerpos ya no impregna el aire.

Se da cuenta de que no puede dejar de reír. Cuanto más comprende lo cerca que ha estado de que la atraparan, más intensa se vuelve su risa.

En su mente, ve claramente la cara firme del zombi. Sin duda alguna, no era su padre.

Se siente vacía, pero con más determinación que antes.

Su padre no está muerto. Ni es un muerto viviente.

Pueden encontrarlo.

Ella puede hacerlo.

Necesita hacerlo.

—¿A dónde vas a ir? —se pregunta a sí misma.

Como respuesta, lo único que oye son los gemidos de los muertos vivientes entre los árboles.

# 2

## CACERÍA

—Oh, no, zombis —dice Oliver con voz monótona, intentando escapar de la manada de monstruos destructivos y descerebrados sin mucho entusiasmo. Camina a gran velocidad por el gran parque de su vecindario, hasta que lo pillan.

—¡Oliver! —grita el entrenador—. ¿Qué te pasa hoy? ¿Qué ha pasado con tu estupendo ritmo?

Sí, vale. A Oliver no lo persiguen monstruos destructivos y descerebrados de verdad. Solo son niños humanos descerebrados y destructivos normales, que juegan a la cacería por el barrio. Es como jugar a pillar, pero, según su entrenador, con mucha más estrategia. El entrenador empieza el juego en el punto de aparición de los zombis y acaba en la base, que es la zona segura a la que quien huye debe llegar antes de que lo alcancen y lo pillen. También analiza las carreras de todos usando los datos que registra el reloj inteligente que llevan los «humanos» cuando corren.

Con un suspiro, Oliver se apresura hasta él.

—Entrenador, lo cierto es que no le veo sentido a todo esto. Llevamos años recorriendo los mismos terrenos. Si queremos estar pre-

parados para la próxima ola de zombis, tenemos que pensar a lo grande. Mira. —Saca su cuaderno del bolsillo—. He marcado las mejores rutas de toda la zona norte, las que pasan por arroyos y otros obstáculos. ¡Eso es lo que deberíamos estar practicando!

El entrenador cierra los ojos y se frota la sien.

—Oliver, ya lo hemos hablado decenas de veces. Este es el protocolo oficial. Agradezco que quieras ayudar, pero solo nos lo estás poniendo más difícil a todos.

—Pero, entrenador... —empieza a protestar Oliver.

Él levanta la mano para interrumpirlo.

—Ahora no, Oliver. Tenemos que volver al trabajo. Dale otra oportunidad. —Se da la vuelta y toca el silbato, que suena como un chirrido agudo que hace que todo el mundo se tape las orejas con las manos—. ¡Todos a vuestros puestos!

Oliver espira y regresa despacio a la línea de salida que le han asignado. La cacería es una tradición en ese vecindario y se juega todas las noches después de cenar. Al menos hasta que el toque de queda del crepúsculo empieza oficialmente, cuando ya no es seguro correr solo por la calle. Hoy hay un grupo más grande de lo habitual en la cacería, porque pueden anunciar el toque de queda cualquier día de estos. Podría ser su última sensación de libertad durante un tiempo.

Pensar en quedarse encerrado otro crepúsculo más hace que Oliver se sienta inquieto, porque parece que cada año es más largo. Todavía no se ha recuperado del miedo del verano anterior.

Le agota incluso recordarlo. Durante la temporada de zombis, toda tu mente debe estar preparada para que se produzca un desastre sobrenatural en cualquier momento. Siempre tienes que saber

dónde está el refugio antizombis más cercano, el camino más rápido hasta una masa de agua..., porque no se puede dudar cuando hay un desastre sobrenatural. No es el momento de hacer preguntas. ¿Y cuando suenan las sirenas? Coges tu mochila de emergencia y te mueves, fin de la historia.

Y aun así... Tienes que seguir haciendo las cosas habituales de la vida corriente.

Te siguen esperando los deberes.

Sigues teniendo que lavar los platos sucios.

Seguramente haya una escalofriante alerta de emergencia resonando en tu móvil.

Por eso, esta vez Oliver sale corriendo con el corazón sincronizado al ritmo de sus pasos, un continuo bum, bum, bum que apaga sus pensamientos. Si no puede convencer al entrenador para que lo escuche, pues tendrá que disfrutar de poder correr. Para Oliver, correr es algo puro y alegre. Cuando corre, todo le parece mucho más claro, lo que casi nunca le ocurre cuando está quieto. Mientras observa atentamente dónde podría acechar el equipo de los muertos vivientes, ve a uno de los «zombis» escondido en los árboles, a un lado del sendero que tiene delante, así que sonrío, gira y se dirige a la zona boscosa y silenciosa.



La una junto a la otra y con la respiración agitada, en el punto de aparición cubierto de hierba, Darlene Reiner y Chanda Cortez oyen el eco de las pisadas de Oliver Wachs alejándose. Empiezan a sumirse en silencio mientras esperan allí, recobrando el aliento.

—No veas... —dice Chanda en voz baja.

—Ya, lo sé —coincide Darlene—. Tenemos cero posibilidades de atrapar a ese demonio de la velocidad.

—Ninguna. Estoy agotada solo de pensarlo.

—Tal vez Oliver tenga razón. No es que la cacería sea muy realista, ¿no te parece? Sobre todo, si tú y yo hacemos de zombis.

El entrenador grita mucho más fuerte, para que lo oigan en todo el campo:

—¡Venga, chicos! ¡Ya es casi temporada de zombis! ¡Que se vea que estáis vivos!

Chanda tiembla. Quizá ahora sea un juego, pero no se puede negar que la temporada de zombis es terroríficamente real. Observa el bosque que la rodea y piensa en su mejor amiga, Joule Artis. Joule debería estar aquí soportando la humillación o en un avión rumbo a Nueva York y sin billete de vuelta, pero nadie sabe dónde está.

Sin embargo, Darlene ha oído perfectamente el grito del entrenador. Para ella, ese alarido le recuerda a la otra mejor amiga de las chicas, Lucy Santifer, y al terrible estallido que llegó a la granja de su familia. El recuerdo obsesiona a Darlene, incluso un año después de que encontraran a los Santifer en su coche entre los árboles por los que sacrificaron su vida.

Darlene y Chanda permanecen allí y el silencio las rodea, como el agua en un barco con fugas. Incómodo. Desagradable.

Chanda respira hondo cuando su cerebro crea una imagen de Joule convirtiéndose en una niña zombi, estancada para siempre en los once años y comiendo rocas.

—Esto es un tostón. ¿Quieres que nos piremos? —pregunta Chanda en voz baja.

—El entrenador nos matará —responde Darlene, alejando el recuerdo de sus padres yendo a su dormitorio para contarle que a su amiga Lucy le había pasado algo horrible.

—¡Chanda! ¡Darlene! Moveos, zombis perezosas —grita el entrenador.

Darlene y Chanda se miran. El silencio se vuelve más intenso.

Chanda tose para interrumpirlo.

—Oye, Darlene. Esto funciona así. Si la cacería fuera un videojuego, Oliver tendría el récord de puntuación. Nos sacaría una ventaja abismal.

—Increíblemente abismal —la apoya Darlene—. ¿Y el abismo dónde estará?

—No sé —dice Chanda.

—¡Chaaaanda, Chaaaanda! —chilla el entrenador.

—Pero ¿en esta ciudad hay abismos? —añade Darlene.

—¡Darlene, Darlene, Darlene, Darlene!

—¡Ya te oímos, entrenador! —dice Chanda sin moverse un milímetro.

—¡La humanidad está perdida con vosotras! —grita el entrenador, que por fin se da por vencido.

—¿Deberíamos jugar? —sugiere Darlene en voz baja—. Por el entrenador.

—Supongo. Por el entrenador.

Darlene sonríe.

—¿Y cuál es el plan?

—Pues... —contesta Chanda—. ¿Y si vamos al rincón donde menos esperemos encontrar a Ollie Wachs y nos quedamos allí... pasando el rato?

—A esperar a que caiga en nuestra trampa —la apoya Darlene, saludando al entrenador con la mano y levantando un pulgar hacia arriba.

—Qué estrategia más inteligente —comenta Chanda—. Así no pasamos del juego.

—Vaya... Joule habría sabido cuál es el sitio más estúpido al que ir —dice Darlene.

—A Joule se le da genial hacer estupideces —coincide Chanda.

—Es un genio en eso.

—¿Y cuándo crees que no puede hacer algo más estúpido?

—Va y te sorprende.

—Va y te sorprende huyendo de casa durante el crepúsculo.

—¡Durante el crepúsculo!

—Podríamos ir a buscarla.

—La verdad es que esa es la cosa más estúpida que se me ocurre.

—Entonces es inteligente, ¿no?

Darlene y Chanda se miran.

---

Oliver siempre puede ir un paso por delante de otros niños. Pero no es porque sea más rápido que los demás. Es por su cuaderno. El resultado de muchos años de trabajo, de explorar constantemente la ciudad de Redwood y la naturaleza que la rodea. A lo largo de su vida, su cuaderno ha ido transformándose poco a poco en una pasada de mapa lleno de detalles. Marca todo tipo de senderos secretos en la ciudad y muestra los obstáculos que solo conoce Oliver.

Bueno, eso no es todo. También hay cientos de trozos de papel distintos en una caja de zapatos debajo de su cama, decenas de otros

mapas experimentales y muchos, muchísimos cuadernos antiguos y llenos hasta reventar. Pero al principio de cada cuaderno hay una versión nueva y mejorada de su obra de arte (¿o debería decir mapa de arte?) que le recuerda todos los escondites y caminos secretos que ha encontrado en su ciudad natal.

Se mueve con confianza, atravesando hileras de arbustos que ocultan los caminos de diferentes partes del territorio. Pasa por las hondonadas donde se acumula la lluvia, que ahora están secas, claro.

Cuando llega a una zona despejada de arbustos, césped crecido e insectos cantando, se detiene de golpe y se encuentra cara a cara con una niña pequeña que tiene los mismos ojos marrones de Oliver, el pelo rubio y la piel pálida.

—¿Kirby? ¿Estás bien?

Se queda quieta. Está sujetando algo con las manos.

—Kirby, estás interrumpiendo nuestro juego.

De repente, Kirby extiende los dedos y algo enorme sale volando directamente hacia la cara de Oliver.

—Pero ¿qué...? —grita Oliver.

Se da cuenta de que es un saltamontes cuando salta y aterriza de cabeza en la hierba.

Su hermana sonrío; parece muy contenta.

Oliver observa a su alrededor y ve el terreno vacío lleno de saltamontes. Durante apenas un instante, Oliver recuerda un verano en el que el cielo no era tan naranja. Cuando Oliver solía cazar saltamontes con Kirby después del colegio, en la colina frente a la biblioteca mientras su madre trabajaba dentro. Cuando iban a buscar cangrejos de río y salamandras en el pequeño arroyo que pasaba entre su barrio y la siguiente urbanización. Antes de que llegara la ola

de Haywood y arruinara el agua y la tierra, y despejara el terreno para la nueva urbanización en lo alto de la colina. Había olvidado todas esas aventuras de hermanos. Mientras guarda el recuerdo, una sonrisa se dibuja en el rostro de Oliver.

Kirby también le sonrío.

—¡Aquí está! —grita una voz—. ¡Aaaaah! ¡Pillado!

Oliver regresa a la realidad demasiado tarde, y no puede evitar que lo pille uno de los «zombis», que resulta ser su mejor amigo, Del.

—¡Oliver Wachs, tu racha de victorias en la cacería se ha acabado! —dice Del con la voz temblorosa por la emoción. A Del no se le da muy bien la cacería, así que pillar a su amigo es doblemente emocionante.

—Muchas gracias, Kirby —dice Oliver—. Ahora estoy muerto.

—¿No eres tú el que no deja de repetir que este juego es una pérdida de tiempo? —pregunta Kirby poniendo los ojos en blanco de una forma que ha patentado. Oliver jura que su hermana aprendió a poner los ojos en blanco antes de aprender a hablar.

—Es mejor que nada —responde Oliver, aunque no está seguro de creérselo.

Kirby se tira al suelo y empieza a jugar con las margaritas que salieron con el calor de la primavera. Arranca unas cuantas y las entrelaza para formar una cadena, canturreando para sus adentros. Oliver decide que es mejor así, porque las margaritas se marchitarán después de que el crepúsculo tape el sol. Nota una punzada en el pecho. Pese a su insolencia y los ojos en blanco que pone, Kirby sigue siendo una niña pequeña. Y, como la temporada de zombis es más larga cada año, ha tenido todavía menos infancia que Oliver.

Del mueve los ojos, que se posan en Oliver y después en Kirby. Pulsa dos veces el *walkie-talkie* de su reloj inteligente para enviar a todos los demás la señal de que ha pillado al humano. Ganan los zombis. A lo lejos, un silbido agudo interrumpe el silencio incómodo.

—Ganan los zombis. ¡Volved todos!

---

Cuando Del pilla a Oliver, Darlene y Chanda están fuera de los límites, siguiendo los recorridos habituales de Joule. En concreto, están observando la preciosa casa del árbol que le construyó su padre.

No se han dado cuenta de que el entrenador ha tocado el silbato... Tampoco se dan cuenta de que hay alguien allí, de pie entre las sombras, mirándolas.

—Segurísimo que ha estado aquí —dice Darlene desde el pedestal de la casa del árbol.

—Y si este sitio no es un escondite zombi excavado, entonces el apocalipsis no es real —dice Chanda, inspeccionando el trozo de tierra revuelta entre las raíces retorcidas a los pies del árbol.

La figura entre las sombras se mueve.

Darlene frunce el ceño.

—¿Has oído algo?

En las sombras, Joule Artis se queda muy muy quieta y finge no estar allí mientras Chanda y Darlene estudian el bosque, siguiendo el habitual y meticuloso protocolo de identificación y rastreo de zombis.

Joule observa cómo sus dos mejores amigas echan un último vistazo a su alrededor antes de que una voz salga de los relojes que Chanda y Darlene llevan en las muñecas.

—Oye, Chanda y Darlene —dice el entrenador—. Ya no sois zombis, así que volved con los demás.

Chanda y Darlene comparten una mirada silenciosa, y después Darlene rompe el silencio.

—No creo que quiera que la encontremos.

—Supongo que no. Solo espero que... —A Chanda se le quiebra la voz y no termina la frase.

Darlene la coge de la mano y se la aprieta.

—Yo también.

Joule desea poder correr hasta ellas y darles un abrazo.

—¿Y por qué no lo haces? —dice una voz en la cabeza de Joule.

«Porque me obligarán a volver a casa», piensa Joule. Pero lo que sus amigas no entienden es que no existe su casa sin su padre.

Puede que esté escondiéndose en el bosque, pero Joule no está huyendo.

Está intentando encontrar el camino de vuelta a casa.